

VII. Para el <i>Lunes de la Semana Santa</i> . Sobre el dilatar la penitencia.....	162.
VIII. Para el <i>Viernes Santo</i> . Sobre la Pasion de Jesu-Christo.....	185.
IX.... Para la <i>Fiesta de Pascua</i> . Sobre la Resurreccion de Jesu-Christo.....	217.
Xi.... Para el <i>Lunes de Pascua</i> . Sobre la perseverancia christiana...	247.
XI.... Para el <i>Domingo de Quasimodo</i> . Sobre la paz christiana.....	273.
<i>Compendio de los Sermones contenidos en este Tomo</i>	298.
<i>Carta de Monsiur N. á un pariente suyo</i>	358.
<i>Carta del P. Martino, Confesor del Señor Duque de Borgoña</i>	364.

SER-



SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA QUINTA
Semana.

Sobre la Palabra de Dios.

Qui ex Deo est, verba Dei auct.

El que es de Dios, oye la palabra de Dios. San Juan cap. 8. v. 47.

NO hay cosa mas eficaz, que la palabra de Dios: y no solamente aquella plabra que concibe dentro de sí mismo, y on que se habla á sí mismo, que es el Verbo increado; sino la que produce fuera de sí, y hace que oyan las criaturas, ó dirigiendose inmediatamente por sí mismo, ó valiendose del ministerio de los hombres, que son los órganos é intérpretes de su palabra. Esta palabra es la que llamó omnipotente Slomon en el libro de la Sabiduria: *Omnipotens sermo tuus* (a). Y á la verdad al ver lo que hace, ya en el órden de la naturaleza, ya en el de la gracia, ningun atributo le tiene mas natural que el de omnipotente. Porque ella, dice la Escritura.

Tom. IV. *Quaresma.* A ra,

(a) Sap. 18. v. 15.

2
 ra . con soberano poder sacó todas las cosas de la nada, dió á los Cielos solidez, y á la tierra su consistencia y fecundidad. Ella, como se explica San Pablo, llama lo que no tiene ni ha tenido ser, como si le tuviera: resucitando los difuntos, hará que sientan algun dia su eficacia las cosas que no le tienen; y sin hallar resistencia, hace que quando le tienen, reciban todos los movimientos que su Criador es servido de darlas. De suerte, dice San Agustin, que ninguna con algun prodigio extraordinario ha dexado de tributar vasallage á esta adorable palabra.

Apenas salió de la boca de Josué, quando el sol detuvo su carrera. No la hubo bien pronunciado Moysés, quando quedaron sin movimiento las aguas. El Cielo se abrió y cerró, segun Elias la manejava. Luego que habló Jesu-Christo se vió el mar humillado, y la tempestad sosegada. Ved lo que puede en la naturaleza la palabra de Dios: pero esto es nada (no tengo miedo de decirlo) en comparacion de los milagros prodigiosos que ha hecho en el órden de la gracia: porque esta palabra misma ha convertido y santificado el mundo, ha triunfado de la Idolatría, ha domado el vicio y la impiedad, ha despedazado los cedros del Libano, y abatido la soberbia de las Potestades del mudo: *Vox Domini confringentis cedros* (a). Ella, anunciada por doce pescadores, se hizo oír de todo el universo; sin artificio, y sin valerse de la eloqüencia humana persuadido á los Filósofos, confundió á los que vivian sin ley, y convenció á los Ateístas; en una palabra, ella con sola la fuerza de la verdad, engendró (por explicarme con los términos del Apóstol Santiago) millones de fieles á Jesu-Christo: *Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis* (b). ¿Pues cuál es la causa, pregunta San Juan Chrysóstomo, de quesiendo esta palabra tan fecunda, y tan divina, parezca el dia de hoy en la Christianidad de tan poca eficacia, y tan estéril? ¿Cuál es la causa de que el sagrado ministerio dela predicacion, que en el curso natural de la Pro-

(a) Psalm. i. v. 5. (b) Jacob. i. v. 18.

3
 Providencia había de producir frutos tan copiosos, con un infeliz destino se haya convertido para nuestra confusion en uno de los mas inútiles empleos al parecer? ¿Cuál es tambien la causa de que la palabra de Dios, en lugar de sernos provechosa, tenga todos los dias el efecto totalmente contrario; y en lugar de ser principio de nuestra conversion, por justo, pero terrible juicio de Dios, se convierta en causa de nuestra condenacion? Esto lo que intento averiguar en este discurso. Pretendo descubrir el origen de un mal tan pernicioso, y dandoolle á conocer, poneros en estado de aplicar los remedios necesarios. Es el asunto, Espiritu divino, justificar vuestra palabra: derramad sobre mí vuestras luces, para que con su favor pueda penetrar los corazones, y grabar profundamente en ellos las importantes verdades que me obligan á tratar esta materia: dadme la gracia por la intercesion de Maria: AVE MARIA.

Es cosa constante, Christianos, que jamas se ha anunciado la palabra de Dios con mas frecuencia en la Christianidad, que en nuestros dias; pero no menos es verdad, que nunca ha sido mas estéril, ni han sacado los fieles menos fruto de este buen grano sembrado en el campo de la Iglesia. ¿No hay en estos tiempos Predicadores del Evangelio, que puedan quejarse á Dios, y decirle con Isaías: *Domine, quis credidit auditui nostro?* (a) Señor, vuestra palabra es la que hemos predicado; nos hemos dado á conocer al mundo como Embaxadores vuestros; hemos sido recibidos con honra; ¿pero ha habido alguno que nos haya creído? Despues de haber hecho todos nuestros esfuerzos para proponerles en vuestro nombre las verdades eternas, ¿qué hemos sacado? Algunas veces hemos podido inquietar las conciencias, y despertar en los corazones el temor de vuestros juicios; pero al fin, ¿qué mudanza hemos visto en las costumbres, y en qué hemos podido reconocer el fruto de vuestra divina palabra?

(a) Isaí. 53. v. 1.

Esto es lo que antiguamente pasaba á los Profetas, y esto causa en mí ahora el mismo efecto. Pregunta pues; ¿quál es la causa del poco fruto que hace la palabra de Dios, y á qué se ha de atribuir? ¿Es á la misma palabra de Dios? ¿Es á los Predicadores que la anuncian? ¿Es á los Christianos que la oyen? porque es necesario venir á parar en alguno de estos tres principios. Pero querer echar la culpa á la palabra de Dios, fuera injusticia; porque no es menos eficaz el día de hoy, que en los tiempos de los Apóstoles. Decir que en la sucesion de los siglos se ha alterado, sería caer en el error de los hereges de estos tiempos. La Iglesia, dice Casiodoro, ha conservado siempre, y conservará la palabra de Dios tan pura como la fé hasta el fin del mundo. Nosotros predicamos el mismo Evangelio que predicaba San Pedro, quando en un solo Sermon convirtió tres mil oyentes; y quando el Espíritu Santo baxó visiblemente sobre los fieles, que oían la palabra de Dios, como refiere San Lucas, no era distinta de la que cada dia os anunciamos, y oís en nuestras Iglesias. Pues qué, ¿consiste en los que predicán? Yo confieso que no la distribuyen todos con las mismas disposiciones, y con la edificacion que sería necesaria: confieso que algunos (como se explica el Apóstol) la han tenido aprisionada: que otros se sirven de ella como mercenarios, y hacen trato de ella con una especie de simonia para comprar no sé qué credito y vana estimacion en el mundo. Confieso tambien, que algunos han deshonrado este sagrado ministerio con lo poco arreglado de sus costumbres: semejantes á los Fariseos, que enseñaban y no hacian: *Dicunt, & non faciunt*.

Mas con todo, no está atada la eficacia de la palabra de Dios al mérito, ni á la santidad de los Predicadores: obra por su propia virtud, y tiene una calidad que no tienen los Sacramentos; y es, que no depende de la intencion de los Ministros. Si abusan de ella, á sí mismos se pervierten; pero pervirtiendose á sí mismos, no dexan de hacer santos á los demas; y se puede decir de esta divina palabra lo que del Bautismo, que administran los Cismá-

ti-

ticos, decia San Agustin: es dañoso á los que le administran mal, y es provechoso á los que le reciben bien: *Noncet indignè tractantibus, sed prodest piè suscipientibus*. Luego si la palabra de Dios hace entre vosotros poco fruto, solo de vosotros debeis quejaros; y para venir á mi intento, hallo en la mayor parte de los Christianos tres estorbos muy ordinarios que se oponen á la predicacion del Evangelio; conviene á saber, el hastio, el abuso, y la resistencia voluntaria: y estos tres estorbos intento vencer, ó por lo menos pelear contra ellos en este discurso. El hastio de la palabra de Dios, que se halla particularmente en las almas relaxadas; el abuso, en que las almas vanas caen comunmente; la resistencia á la palabra de Dios, que es el carácter de los pecadores. Segun el órden y distribucion de estos tres estorbos, establezco tres proposiciones, que incluyen mucha materia de enseñanza y doctrina. Porque el hastio de la palabra de Dios es uno de los castigos mas terribles que ha de temer un Christiano: esta es la primera parte. El abuso de la palabra de Dios es uno de los mayores delitos que puede cometer: esta es la segunda. La resistencia á la palabra de Dios es una de las disposiciones mas próximas para la obstinacion y la condenacion: esta es la tercera. Los primeros no la oyen, porque la tienen hastio: los segundos la oyen, pero no como palabra de Dios, y así abusan de ella: los últimos la oyen, y la oyen como palabra de Dios, pero no la quieren executar, y así la hacen resistencia. De esto, tomando el camino totalmente contrario, pretendo concluir con Jesu-Christo: *Beati qui audiunt verbum Dei, & custodiunt illud*. Dichosos los que oyen la palabra de Dios, y la ponen por obra. En tres palabras: hastio de la palabra de Dios opuesto á la bienaventuranza de los que la oyen: *Beati qui audiunt*. Abuso de la palabra de Dios opuesto á la felicidad de los que la oyen como palabra de Dios: *Beati qui audiunt verbum Dei*. Resistencia á la palabra de Dios opuesta al mérito y utilidad de los que la oyen como palabra de Dios, y la ponen por obra: *Beati qui audiunt verbum Dei, & custodiunt illud*. Este es todo el asunto de nuestra atencion. Empezemos.

I. PAR-

I. PARTE.

Os he dicho, Christianos, y es verdad, que la palabra de Dios es el medio de que la Providencia Divina se ha servido para santificar el mundo. Este es el instrumento que Dios ha escogido, y de que se ha valido para la conversion de las almas. Podia haber echado mano de otros; pero se ha ceñido á éste en el orden natural de su sabiduria. En efecto, dice el Apóstol, no se ha introducido la fé sino por el oido; y no se ha oido lo que se debe creer, sino porque la palabra de Dios se ha predicado: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi* (a). Pues lo que decia el Apóstol en su tiempo de la fé respecto de los infieles, puedo yo decir de la penitencia respecto de las almas pecadoras, y de la perseverancia respecto de las justas: no hay quien se convierta y mude de vida, sino porque se siente movido de las verdades eternas, y estas verdades son la palabra de Dios que se oye. Palabra, que publicada y anunciada legitimamente, primero hiere los oidos, y despues penetra los corazones, y hace se muevan las mas ocultas máquinas que hay en ellos. Palabra, añade excelentemente San Agustin, que sirve de disposicion, y como de conducto, por donde pasan todas las inspiraciones y gracias interiores que quiere Dios comunicar á las almas. Palabra, que hace se nos distribuya como uno de sus dones mas preciosos; y palabra que eslabonando de algun modo los demas dones de Dios, en que consiste nuestra predestinacion, nos los trae todos consigo. No lo ha estilado Dios siempre así? Si se consultan los oráculos de la Escritura, ó por mejor decir, la experiencia de todos los siglos, ¿se hallará que los hombres hayan salido de las tinieblas del pecado, y conseguido las luces de la gracia por otro camino que el de la palabra de Dios que oyeron? Pues de esto infero, que una de las mayores des-

gra-

(a) Rom. 10. v. 19.

gracias que debe temer un Christiano (digámoslo mejor) que uno de los castigos mas claros de Dios, de que un Christiano se ha de guardar, es de llegar á tener hastio de esta palabra. Porque ¿qué desgracia es la mia, si llego á tener hastio á lo que me ha de convertir, á lo que me ha de salvar, á lo que me ha de dar la voluntad de executar lo que debo, á lo que ha de remediar mis flaquezas, á lo que ha de corregir mis errores, á lo que me ha de avivar si soy tibio, á lo que me ha de alumbrar si soy ciego, á lo que me ha de alimentar si estoy vivo, y me ha de resucitar si me hallo en estado de muerte? ¿Pues no son todos estos efectos de la palabra de Dios?

Esto bastará para establecer mi primera proposicion: pero porque estais esperando que os dé mas luz para entenderla, atended á lo que voy á decir. No averiguo ahora las causas de que puede nacer este hastio tan comun en la Christianidad, y tan pernicioso. Si quisiera buscar su principio, hiciera facilmente que conocierais, que en unos es una oculta soberbia, en otros una especie de disolucion, en estos un amor vil de los deleites de los sentidos, en aquellos una insaciable codicia de los bienes temporales. Porque ¿qué medio puede haber, dice San Juan Chrysóstomo, para que guste un hombre de la palabra de Dios, que no predica sino humildad, austeridad y pobreza Evangelica, siendo ambicioso, interesado y sensual? ¿Cómo puede gustar de lo que le pone continuamente á la vista la obligacion indispensable de aborrecer y huir del mundo, teniendo preocupado del amor del mundo todo el corazón, y toda el alma? Esto es, digo, lo que yo os hiciera confesar; y así conocierais, que este hastio de la palabra de Dios es de la calidad de aquellas cosas que (según la doctrina de los Padres) son á un mismo tiempo en nosotros pecado, y castigo del pecado; quiero decir, de aquellas por las cuales nos castiga Dios, y de las cuales hace nuestro castigo. Reflexion que puede á lo menos confundir nuestra infidelidad, quando intentamos justificarnos en este punto, atribuyéndole á Dios la causa; pues es evidente que todos los principios del hastio de su palabra,

bra, son voluntarios; y por consiguiente, causa de condenacion respecto de nosotros. Pero sin empeñarnos en ahondar en ellos, bastenos ver sus desgraciadas consecuencias. Porque este hastio de la palabra divina ¿qué hace? Nos hace incapaces de aprovecharnos de ella. Pues uno y otro es igualmente de temer, porque uno y otro es de los mas rigurosos castigos que puede Dios executar en un pecador, quando desde esta vida le abandona á la severidad de su justicia.

¿Sabeis, Christianos (esto es digno de vuestra atencion, y os pondrá á los ojos con toda claridad el mystrio oculto de la predestinacion y reprobacion de los hombres) ¿sabeis cómo empezó á manifestarse la ira de Dios contra los Israelitas, y ellos empezaron á caer en la cuenta de lo irritado que le tenian? La Escritura nos lo dice: empezó por el hastio que tuvieron del maná. El maná caia del Cielo, y era el alimento con que Dios en el desierto los proveia, y cada dia cuidaba de repartirsele á medida de la necesidad de cada uno. Era un manjar que los mantenía en una perfecta salud, de tal suerte que no había entre ellos ningun enfermo: *Et non erat in tribubus eorum infirmus.* (a) Era un alimento, que siendo simple tenia las propiedades mas raras, y con maravilla harto asombrosa se hacia al gusto de todos, y sin darle otra sazón particular servia en lugar de los platos mas esquisitos. ¿Mas qué sucede? Apenas sacudieron el yugo del Dios de Israel, y le obligaron con su rebeldía á que los dexase, quando les entró el hastio de este alimento. Aunque en substancia era el mismo, empezaron á no hallar en él el gusto que antes iban ya á cogerle con desgana, y de tal suerte le comian, que no hallaban en él cosa que no fuese desabrida. Y con la novedad que esta mudanza les hace, ¿qué se dicen unos á otros? *Anima nostra jam nauseat super cibo isto levissimo* (b). ¿Qué prodigio es este? ¿Cómo no podemos sufrir este maná que antes nos era tan regalado? Tuvie-
ron

(a) Psalm. 104. v. 37. (b) Num. 21. v. 5.

ron ansia de manjares mas viles y groseros, y añade la Escritura, que se levantó contra ellos la ira de Dios al mismo tiempo: *Et ira Dei ascendit super eos* (a). Como si el haberseles estragado el gusto hubiera sido (segun la excelente reflexion de Origenes, y San Geronimo) el primer efecto de la venganza de Dios. Pues todo esto, dice el Apóstol, solamente era una sombra de lo que en nosotros se habia de cumplir: porque cada dia sucede esto en muchos Christianos del siglo, y quiera el Cielo que no os lo haya mostrado una desgraciada experiencia. La palabra de Dios, dice San Agustin, es el maná verdadero; esto es, el manjar espiritual que Dios nos ha preparado; y debe servir para nuestras almas, segun el desigño de su Providencia, de todo lo que en el desierto servia el maná para los cuerpos. Y á la verdad, quando nuestra vida era ajustada, y andabamos por los caminos de Dios, esta palabra nos mantenía, nos consolaba, se proporcionaba con nuestras necesidades, y con nuestro gusto: la oíamos con gusto, la recibíamos con ansia, y experimentábamos su virtud secreta y milagrosa: pero despues que hemos obligado á Dios á que se vuelva contra nosotros, ninguno de estos efectos sentimos. Esta palabra con ser divina, no hace impresion en nuestros corazones ni en nuestros entendimientos; ya no nos queda sino un hastio triste, que nos hace decir como á los Judios: *Nauseat anima nostra super cibo isto levissimo* (b). De ahí procede el hacer poco caso de ella, el tener repugnancia de oirla, el preferir á esta obligacion los mas vanos entretenimientos, el valernos de qualquier pretexto para desobligarnos, y el mirar como muy cansado este santo tiempo de la quaresma. De ahí procede, que si alguna vez asistimos á los Sermones, ó por cumplir con algun buen respeto, ó arrastrados del exemplo de los demas, no sacamos fruto: porque es menester para que un manjar aproveche, apetedecrle, y hallar gusto en él: y siendo esto cierto en los manjares del cuerpo,
Tom. IV. Quaresma. B po,

(a) Psalm. 77. v. 31. (b) Num. 21. v. 5.

po, lo es aun mucho mas en los del alma. Así tambien declaró el mismo Dios, que llenará de sus bienes las almas hambrientas: *Animam esurientem satiavit bonis* (a); esto es, esta gracia entrará en vuestras almas con el lleno de los favores que inmediatamente la siguen, y segun el deseo santo que conserváremos de oirla: como al contrario amenaza en otro lugar, que despedirá sin conseguir nada á aquellas almas, que no hallando gusto en su palabra, no saben estimar uno de sus dones mas preciosos, y las privará de todas sus utilidades: *Esurientes implevit bonis, & divites dimisit inanes* (b). Otro texto dice: *Fastidiosos:: dimisit inanes*.

Así vemos tantos mundanos que oyen la palabra de Dios friamente, y salen de ella tan vacíos de todos los pensamientos del Cielo, y de quanto pudiera incitarlos á buscar el reyno de Dios y su justicia, que es un asombro. Los vemos salir de los Sermones mas eficaces, sin que nada les haga fuerza, disgustados muchas veces de lo mismo que hace impresión en los corazones de los demas, y mostrando bien con su insensibilidad, que son del numero de los que Dios desvia de sí, porque no hallan gusto en su Magestad: *Fastidiosos dimisit inanes*. Pero direis, que este disgusto que condenamos, y reprehendemos, no es disgusto precisamente de la palabra de Dios, sino de la palabra de Dios mal predicada: porque si yo encontrára, añadís, unos hombres sólidos y juiciosos, unos hombres como los Profetas, animados del Espíritu de Dios, y capaces de representarme con eficacia las obligaciones de mi estado: si hallára unos Predicadores del Evangelio, como los deseaba San Pablo, que uniesen el zelo con la ciencia, y alumbrando el entendimiento supiesen mover el corazón, yo los oyera con gusto. Así quisiera un oyente de vida relaxada justificarse, y culpar á la Providencia; pero en lugar de justificarse se condena á sí mismo: porque si no se halláran estos hombres evangélicos capaces de mover

ver y de instruir, ¿qué señal mas clara pudierais tener de la indignacion de Dios? ¿No fuera esto cumplirse aquella amenaza que hacia Dios á su pueblo: Yo los privaré de los Predicadores de mi palabra, y los que lo fueren en el nombre, y tuvieren el cargo de anunciarla, serán unos hombres vanos, semejantes á un metal que resuena, y á una campana que hace ruido? Este castigo les daré. No levantaré Profetas á quienes oygan, no habrá quien tenga talento para moverlos y convertirlos: se quedarán sin Maestro y sin Doctor que les enseñe mi ley: *Absque Sacerdote, Doctore, & absque lege* (a). ¿No empezariais, digo, á experimentar el efecto de esta maldiccion? Y si fuera un terror provechoso el que se apoderára de vuestros corazones, ¿á quién sino á vosotros mismos pudierais atribuir esta triste carestía? Pero á pesar de la maldad del mundo no hemos llegado á ese extremo. Démosle á Dios gracias, porque aun hay en la Iglesia hombres sabios y fervorosos, que como antorchas que arden y lucen, descubren la verdad, y la predicán santa, eficaz y utilmente. Pero vosotros queréis quien la predique con aliiño, á vuestro gusto, y nada mas: digo con aliiño, en orden á vuestras ideas, y conforme á vuestro gusto viciado; y como los que oís, por mas zelosos que sean, no tienen lo que os agrada, eso basta para que dexéis de oírlas. Pues en eso mismo consiste vuestra miseria espiritual, y el castigo de Dios; quiero decir, en que no halleis hombres tan cabales, que puedan satisfacer vuestro gusto, y proporcionarse con vuestra delicadeza: así empieza Dios á reprobarnos. Porque del mismo modo tiene su cumplimiento en vosotros la reprobacion de Dios, quando no hay Predicadores que os gusten, como quando absolutamente faltan para instruiros: y por ventura os estuviera mejor que no los hubiese, que el que no se halle entre ellos quien lleve vuestra atencion, y concilie vuestro aprecio. Estado lamentable, pero muy ordinario en los hombres

B2 del

(a) Psalm. 106. v. 9. (b) Luc. 1. v. 53.

(a) 2. Paralip. 5. v. 3.

del mundo especialmente en los de la Corte; no hay para ellos palabra de Dios, porque no hay quien tenga las prendas que se requieren para hacer que la puedan tolerar. Si discurren bien, sacarán por consecuencia que Dios está irritado contra ellos; que alguno de los principios de la Religión está en ellos corrompido, ó alterado; que esta delicadeza de gusto de que se precian, es (por explicarme así) uno de los mas ciertos indicios del mal estado de su fé; y qué se seguirá de ahí, si no viven con cuidado, si no la pérdida evidente de su salvación? Porque al fin Dios, aunque tan sabio y tan bueno, no ha de hacer para ellos otras leyes de providencia distintas de las que tiene establecidas; y si ha santificado el mundo por la predicación del Evangelio, no es creíble que los ha de convertir á ellos por otro camino.

Bien sé que no se ha apurado el caudal de sus misericordias, y que pudiera hacer prodigios y milagros para salvarlos en lugar de su palabra; pero por poca justicia que se hiciesen á sí mismos, reconocerían que es una presunción detestable; pedirle estos prodigios á Dios, después de haber desechado su palabra; pero el colmo de su desgracia consiste, en que nada de esto entienden, y con una ceguedad de que ellos mismos se complacen, se rigen por unos motivos puramente humanos, como si el faltar Predicadores á su gusto fuera prueba de la sutileza y capacidad de su entendimiento; como si no hubiera Dios de confundir esta imaginada sutileza y capacidad con ella misma, permitiendo que sirva de estorbo á una gran multitud de gracias en que consistía su salvación, y dependían de la docilidad de un entendimiento humilde. No sé por qué suerte de injusticia, ó por mejor decir, por qué suerte de capricho, lo mas respetable y sagrado que hay en la palabra de Dios ha dexado de ser del gusto del mundo, especialmente de la Corte. En otros tiempos eran los asuntos principales del Púlpito los misterios de la Religión: ahora, por estar la fé de los hombres enfermiza, no se halla sino ceguedad en estos asuntos grandes; y los que deben tratar de ellos, por condescender con el gusto

de

de sus oyentes, ó huyen tratar de ellos, ó no los tocan sino muy por encima. Si volvieran al mundo los Padres de la Iglesia, y predicáran en este Auditorio aquellos discursos eloqüentes que hacían á los pueblos, y nosotros tenemos entre las manos, no sé si fueran oídos; y quiera Dios que no fuesen despreciados. Los elogios de los Santos, y las maravillas que obraba Dios por sus escogidos, eran la materia que movía los corazones de los fieles: de aquí sacaban los Ministros del Evangelio ciertos exemplos claros y convincentes, que animaban, daban aliento, y servían de norma y regla para los fieles; pero hoy ¿cómo serían recibidos estos exemplos? Ya no se gusta sino de una doctrina muy sutil, muy estudiada, que haga patente el corazón del hombre, y sirva de espejo, no para que cada uno se mire á sí mismo en él, sino para que contemple en él los vicios ajenos. ¿Y de dónde nos consta, que esta doctrina no vendrá á tener la misma suerte, y á perder ese picante que la conserva en alguna estimación? Pues á vista de esto, ¿qué podrá hacer un Predicador para ganar las almas? Digámoslo mejor, ¿qué medio le queda para poder hacer que la gracia de Jesu-Christo, sin un milagro del Cielo, halle entrada en los corazones?

Ah! Christianos, ¿adónde estamos? ¿A qué extremo se ha reducido nuestra fé? ¿De dónde puede nacer este desórden, sino de estar dexados de Dios, y en qué puede parar, sino en nuestra eterna condenación? Faltando el apetito de la palabra de vida, ¿qué podemos esperar sino la muerte? Ved adonde nos conduce el espíritu del mundo; bien lo sabeis, á buscar lo que nos deleita, y á no querer las verdades sólidas y serias; á no tener afición sino á lo que lisonjea el gusto, y á despreciar lo que enseña, y lo que corrige; á hacer que las verdades mas santas pierdan toda su virtud, y si me atrevo á decirlo, á reducirlas á la nada: *Quoniam diminutæ sunt veritates à filiis hominum* (a). Dichosos, Señor, aquellos Christianos dóciles, que han

llan

(a) Palm. 11. v. 2.

llan sabor en vuestra palabra, y la oyen porque les gusta: *Beati qui audiunt*. Sus corazones, como tierra bien cultivada, reciben este buen grano, echa raices en ellos, y fructifica ciento por uno. ¿Estan cercados de tinieblas? es luz que los dirige. ¿Estan descaecidos? es una gracia que les da nuevos alientos. Avivad, Señor, en nosotros un deseo ardiente, y un gusto saludable de esta palabra de verdad, de santidad, y de vida eterna; pero al infundirnos el gusto de ella, i hacéd, mi Dios, que gustemos de ella como de palabra vuestra, para no incurrir en el abuso de cosa tan sagrada. Este es el asunto de la segunda parte.

II. PARTE.

Instruyendo San Pablo á los primeros Fieles en el misterio de la Eucaristía, que es el mas augusto de los de nuestra fé, se explicaba con unos terminos muy dignos de reparo, para darlos á entender el abuso que en aquellos tiempos habia, y aun dura en la Christiandad acerca de este soberano Sacramento: *Qui enim manducat, & bibit indigne, iudicium sibi manducat & bibit: non dijudicans corpus Domini* (a). El que recibe indignamente este pan de vida, ha de saber que recibe su propia condenacion: ¿y por qué? Porque no discierne como debe el cuerpo de Jesu Christo. Atended si gustais: reduce el Apostol el abuso de la Comunión á solo un punto, que es recibir el cuerpo de Jesu Christo sin distinguirlo bien; usar de este alimento celestial que se sacrifica en los altares, como si fuera alimento comun; no recibirle con aquellos afectos reverentes que pide la carne de un Dios, y confundirla con los manjares mas viles, no haciendo diferencia entre comer, y comulgar, y entre la participacion de la mesa sagrada, y la profana. Abuso que en los primeros siglos de la Iglesia pudiera nacer de la ignorancia de los

(a) 1. Cor. 11. v. 29.

los Gentiles, ó de los Judios recién convertidos á la fé. Pero por nuestra infidelidad, y por lo estragado de nuestras costumbres se ha hecho muy frecuente y culpable, porque no hay cosa mas ordinaria ni lastimosa, que ver aun hoy Christianos que comulgan, sin discernir el soberano manjar que se les da; esto es, sin dar muestras de que es un alimento divino, y la carne misma de su Redentor lo que creen que reciben: *Non dijudicans corpus Domini*.

Pues yo aplico esto á mi asunto, y sin pretender que la comparacion sea igual en todo, no obstante me valdré de ella, y me servirá de prueba para asentar mi segunda proposicion. Cada dia incurrimos en mil abusos en lo que pertenece á la palabra de Dios: y ¡ay de nosotros, si al cometerlos, ó no los conocemos, ó no los sentimos! Pero el abuso principal de que continuamente nos debemos reprehender, y de donde nacen todos los demas, es que en la práctica no hacemos toda la discrecion que debemos de esta adorable palabra; quiero decir, que no la oimos como palabra de Dios, sino como palabra de hombres: que luego que se nos ha anunciado, no nos levantamos sobre nosotros mismos para recibirla con aquella disposicion de espíritu que nos la hiciera no menos respetable que provechosa, acordándonos de que es palabra de Dios; antes formamos unas ideas puramente humanas de ella: y no menos la ultrajamos (como advirtió San Juan Chrysóstomo) quando la aprobamos, que quando la despreciamos; pues así en nuestros elogios como en nuestros desprecios, el juicio que hacemos es como si fuera un hombre, y no Dios Omnipotente el que habla. Esto me ha enseñado la experiencia, esto ps enseña á vosotros, y este horror quisiera poner bien á vuestros ojos.

A la verdad, confesais conmigo, amados oyentes míos, que este abuso es uno de los mas graves desórdenes en que podemos incurrir: es desórden (dice San Agustin) respecto de Dios, que siendo (segun la Escritura) un Dios zeloso, lo es singularmente de la honra de su palabra:

bra: es desorden respecto de nosotros mismos, porque destruimos y arruinamos toda la eficacia que Dios como autor de la gracia ha puesto en su palabra para santificarnos. Son estos dos puntos de suma importancia. Escuchadme: Quando no haceis la distincion que debeis del cuerpo de Jesu-Christo, dice San Pablo y con razon, que le profanais: *Reus erit corporis, & sanguinis Domini* (a). Y yo por el mismo motivo afirmo que profanais la palabra de Dios, quando no la sabeis discernir de la palabra de los hombres segun el espiritu de la Religion Christiana. Y si no, hagamos cotejo de estos dos desórdenes para medir su exceso, y su gravedad. Vosotros tenéis horror á una Comunión sacrilega, y en lugar de entibiar y disminuir este sentimiento en vosotros, quisiera, si me fuera posible, aumentarle, y darle mas fuerza: pero mi dolor es, que teniendo este horror de una Comunión indigna, no tengais el menor remordimiento del ultrage que haceis á Dios, oyendo, si puedo explicarme así, indignamente su palabra: y quisiera que el horror de lo uno, con una natural consecuencia sirviera para despertar en vosotros el horror de lo otro. Temblad, os dixera yo, quando coméis el pan de los Angeles con tan poca fé, como si comierais un pan terrene y material: usar de él de ese modo es un delicto que jamas podreis detestar quanto merece. Pero temblad tambien, añadiera, quando ois la palabra de Dios que se os predica con tan poco espíritu como si fuera un discurso académico; quando la ois, digo, sin hacer entre ella y la de los hombres la diferencia que Dios hace, y quiere que vosotros hagais: y entendid bien que hay en el abuso de la palabra de Dios una especie de sacrilegio, que podemos comparar con el abuso de la Comunión. Así se explicó San Agustin: *Non minus est verbum Dei, quam corpus Christi*. No, hermanos míos, decía el Santo; la palabra de Dios que oímos, no es en algun modo de menos valor respecto de no-

so-

(a) I. Cor. 11. v. 27.

sotros ni ménos sagrada que el cuerpo de Jesu-Christo. Este es el principio que suponía como incontestable: de donde infería: *Non minus ergo reus erit qui verbum Dei perperam audiverit, quam qui corpus Christi in terram cadere sua negligentia præsumperit*. No es, en algun modo, ménos culpable, ni ménos digno del castigo con que amenaza San Pablo, el que abusa de esta palabra divina y la profana, que si profanára el cuerpo de Jesu-Christo, dexándole caer en tierra, y poniéndole baxo de sus pies. Pero digamos la verdad: ¿no es esto lo que os sucede cada dia, y en lo que por ventura no habeis pensado jamas, para sentirlo y llorarlo delante de Dios? Porque si se viniera á oír la palabra de Dios como palabra suya, ¿se viniera á ella con espíritu de curiosidad para examinarla, con espíritu de malignidad para censurarla, con espíritu de interes para cortejar, y con espíritu mundano para ver y ser vistos? ¿Lo diré sin que os escandalizeis? ¿Se viniera con un espíritu de sensualidad, para satisfacer al corazon sus deseos, y hallar el objeto á que la pasion arastra?

Ah! Christianos, ¿no debía sacar los colores al rostro el asistir á la palabra de Dios con tales disposiciones? Solo el pensamiento de que es la palabra de Dios la que vamos á oír, ¿no habia de bastar para infundirnos un horror tanto? Si se pensára en esto, se viniera con un espíritu humilde, con un alma recogida, con un corazon herido y penetrado de los mas vivos sentimientos de piedad, como si se fuera á recibir un Sacramento, y el mas respetable de todos, que es el Augusto Sacramento del Altar. Porque esta es la idea verdadera y ajustada que debemos tener siempre de la palabra de Dios: *Non minus est verbum Dei, quam Corpus Christi*. Luego quando venis á oírlo por otros motivos totalmente contrarios, es evidente que no la considerais como palabra de Dios, sino como palabra de los hombres. Y este es el abuso que intento destruir, y no se puede con bastantes lágrimas llorar. Quando Dios habla como Dios, dice San Juan Chrisóstomo, quiere ser oído como Dios, y quando habla por boca de los Predicadores,

res, que son órganos suyos, quiere que sus órganos sean oídos, como si fuera el mismo Dios el que hablara: *Qui vos audit, me audit, & qui vos spernit, me spernit* (a). Pero vosotros sin subir tan alto, los queréis oír, censurar, y aun satirizarlos y desacreditarlos como á hombres; y lo que no hicierais con el vasallo mas inferior que os intimára los órdenes del Príncipe, y os hablára de su parte, lo haceis con desahogo, y sin escrúpulo con el Ministro de vuestro Dios. Pues no os admiréis de que os ponga por jueces, y de que os acuse en el tribunal de vuestra propia conciencia de haber profanado tantas veces, y estar cada día profanando el sagrado depósito que la Magestad de Dios ha fiado, y fia de nosotros, para vuestro provecho, que es el ministerio de su palabra.

De aquí, por consecuencia necesaria, se sigue la inutilidad de este ministerio divino: porque si la palabra de Dios se toma como palabra de hombre, no puede producir en los corazones sino efectos proporcionados á la eficacia de la palabra de un hombre; y es de fé que la palabra del hombre, por mas eficaz y convincente, por mas activa y poderosa que sea por otros títulos, por sí misma y por sí sola es un medio inútil para la salvacion. Esto es lo que el Apóstol enseñaba á los Tesalonicenses: *Ideo & nos gratias agimus Deo sine intermissione, quoniam cum accepissetis à nobis verbum auditus Dei, accepistis illud, non ut verbum hominum, sed (sicut est verè) verbum Dei, qui operatur in vobis* (b). Vuestra felicidad es causa de mi consuelo, les decia; porque habiendo oído la palabra de Dios que os predicamos, la habeis recibido, no como palabra de hombres, sino como palabra de Dios, que obra eficazmente en vosotros. Esta es la fuente de todas las bendiciones que Dios ha derramado sobre su Iglesia, y lo que ha hecho tan célebre vuestra fé, que ha llegado á ser la norma de las Iglesias de Asia. Reparad, dice Teofilato, la palabra de San Pablo obraba en estos nuevos fieles; pero

(a) Luc. 10. v. 16. (b) 1. Thes. 2. v. 13.

obraba como palabra de Dios. ¿Queréis al contrario ver como la palabra de Dios, aunque anunciada por San Pablo, obra como palabra de hombre? Pues ved un exemplo bien notable. Entra San Pablo en una Ciudad de Lycaonia para publicar la palabra de Dios, y le oyen; quedan admirados de sus discursos, tiene un séquito numeroso; llega el aplauso á tanto, que intentan ofrecerle incienso y sacrificios, como si fuera algun Dios, llegando á tenerle por Mercurio, y por el Dios de la eloquencia: *Et vocabant Barnabam Jovem, Paulum vero Mercurium, quoniam ipse erat dux verbi* (a). ¿No era esta disposicion muy favorable al parecer para el Evangelio? Ah! Cristianos; ántes fué estorbo para los progresos del Evangelio. Escuchaban á San Pablo como á un hombre; que de otra suerte no hubieran pensado en hacerle Dios: su palabra obraba en ellos como palabra de hombre. Y á la verdad, esos aplausos y elogios son el fruto ordinario de la palabra de los hombres, quando tienen talento para decir con eloquencia, y deleytar con lo que dicen; y no teneis que aguardar mas. Entre tantos millares que se admiraban, ni un infiel solo convirtió San Pablo; entre tantos como estaban asombrados de oírle, no hubo uno siquiera que dexase sus errores para abrazar la fé. Esto es lo que ahora experimentan tantos mundanos; son unos hombres que corrompen, y (si me es lícito usar de la metáfora del Espíritu Santo) adulteran la palabra de Dios. Sin ningun cuidado de la fecundidad que tiene, es el deleyte solo el que buscan: *Adulterantes verbum Dei* (b); Pues qué hará el Predicador mas zeloso? ¿Los representará el horror del pecado, el rigor de los juicios de Dios, y las consecuencias de la muerte? No harán caso sino de lo bien ajustado del asunto, de la energia de la expresion, del buen órden de las pruebas, y de lo sutil de los reparos. ¿Los pondrá á los ojos la importancia de la salvacion eterna, y la vanidad de los bienes de esta vida? Confesarán que no hay mas que

(a) Act. 14. v. 11. (b) 2. Cor. 2. v. 17.

decir, que todo quanto dice es noble, juicioso y bien ordenado: pero en las costumbres no se verá enmienda alguna. Oirán con admiracion, pero no se convertirán; desacreditandó, dice San Agustin, la palabra de Dios, con lo mismo que la alaban; ó por mejor decir, con los elogios que la quitan por dárseles al que la anuncia. Esto hacian los Judíos, quando el Profeta Ezequiel les intimaba las calamidades que habia Dios de enviarlos muy presto en justo castigo de sus culpas. La Escritura nos enseña, que era un encanto el gusto con que oian los discursos de este Profeta; pero no se movian de sus amenazas, y el mismo Dios daba á entender la razon: *Filii populi tui loquuntur de te juxta muros, & in astitis domorum (a)*. Y bien, Profeta, ¿sabes el efecto de las cosas espantosas que predicas á mi pueblo? Pues se reduce á que hablan de tí por todo el lugar, y en todos los concursos: en lugar de glorificar mi palabra, eres tú de quien se hacen lenguas: *Et dicunt unus ad alterum: Venite, & audiamus quis sit sermo qui egreditur à Domino*. Quando los has de enseñar, se convidan unos á otros: Vamos, y veamos como sale hoy el Profeta de su Sermon: *Et veniunt ad te, quasi si ingrediatur populus*. Y en efecto vienen á oírte como si fueran á una fiesta pública: *Et eis quasi carmen musicum, quod suavi, dulcique sono canitur*. Te escuchan como una música gustosa, que lisonjea el oído. Pero repara, añadía el Dios de Israel, que se contentan con oír lo que los enseñas, y pero por lo demas han adquirido una infeliz posesion de no hacer nada: *Et audiunt verba tua, & non faciunt ea*. ¿Por qué? Porque es tu palabra la que oyen, y no la mia: *Et audiunt verba tua*. Y tu palabra podrá tener gracia para agradarlos, pero jamas tendrá eficacia para convertirlos.

Así, añade San Gerónimo, es honra de Dios, que la conversion de las almas, que es la obra mayor de su gracia, no se atribuya á la palabra de los hombres, ni á la suya confundida con la de los hombres. Vosotros queréis oír

á

á ese Predicador, porque os gusta; y Dios no quiere que os convirtais por lo que en el Predicador os agrada, sino por la simplicidad de la fé. No tenéis que esperar que muere de este orden, y haga por vosotros una ley particular. ¿Pero sabéis como os castigará? Se vengará de vosotros con vosotros mismos: os dexará la palabra de los hombres que buscáis, y manifestará su palabra á los verdaderos fieles, que la reciben con una docilidad humilde; ó por mejor decir, os dexará quanto puede ser hermoso, pero inútil en esta palabra, pues es de lo que gustais: y reservará lo sólido y útil que hay en ella, para aquellas almas escogidas que en la palabra de Dios solo atienden á que es palabra de Dios. ¡Extraño y pernicioso abuso! Son oídos los Predicadores para hacer juicio de sus talentos, para hacer cortejo de sus prendas, para disminuir las del uno, y dar al otro la preferencia: y se verá muchas veces en un lugar, y en una Corte en orden á los Ministros de la palabra Evangélica la misma division en los ánimos, que se vió antiguamente en Corinto en orden á los Ministros del Bautismo, diciendo unos, yo soy de Apolo, y otros, yo soy de Cephas. Ay! hermanos míos, replicaba San Pablo; ¿para qué estas contiendas y parcialidades? ¿Está partido acaso Jesu-Christo? *Divisus est Christus?* (a) ¿Fue Apolo crucificado por vosotros, ó habeis sido bautizados en nombre de Cephas? ¿No es el mismo Dios el que por medio de ellos os ha santificado? Añado yo, Christianos, ¿no es el mismo Dios el que os habla, y el que os exhorta por nuestra boca? *Deo exhortante per nos* (b). ¿Qué somos nosotros (decia en otro lugar San Pedro predicando á los Judíos) para que nos atendais, y empleeis en nuestras personas vuestros respetos? ¿Por qué poneis en nosotros la vista, quando nuestro oficio es de Embaxadores precisamente? *Viri fratres, quid miramini in boc, aut nos quid intuemini?* (c) Si no tuviera este título de Embaxador de Jesu-Christo, ¿cómo pudiera yo, que hoy me veo, y tantas

ve-

(a) Ezech. 33. à v. 30.

(a) 1. Cor. 1. v. 12. (b) 2. Cor. 5. v. 20. (c) Act. 3. v. 12.

veces me he visto en este Púlpito, tener aliento para estar tan de cerca de la presencia del mayor Rey del mundo, temblando las Naciones enteras delante de él, y llegando el terror de su nombre á las mas remotas? ¿Tuviera aliento para alzar la voz en medio de la Corte mas floreciente del mundo, si siendo tan indigno, no estuviera prevenido, y lo estuvierais vosotros como yo, de que Dios ha fiado su palabra de mí, y que os la anuncio en su nombre? *Viri fratres, quid miramini in hoc, aut nos quid intuemini?*

Pero aunque sea verdad, que qualquier Predicador del Evangelio es embaxador de Dios, y órgano suyo, no se puede escoger y seguir á uno mas que á otro? Si, Christianos; puede ser esta eleccion acertada y provechosa; pero ha de ser conforme á las reglas de la prudencia en orden á la salvacion. Así fué escogido entre todos Ananias para Doctor y Maestro del que lo habia de ser de todo el mundo. Así le inspiró Dios á San Agustin, siendo aun pecador que tomase por Maestro á San Ambrosio, y le oyese. Así tambien por ventura, oyentes míos, ha determinado Dios convertirnos por medio de tal Predicador, y le ha dado la gracia que se requiere para este fin; porque esto cada dia sucede, y no hay cosa mas comun en el órden de la Providencia. ¿Pero queréis que vuestra eleccion no disminuya, ni en la palabra de Dios la honra que le es debida, ni en vos el fruto que de ella habeis de sacar? Pues tomad estos dos consejos importantes, y regios por ellos. Lo primero, no deis de tal suerte entre los Ministros del Evangelio la preferencia á uno, que despreciais á los demas: porque siendo todos enviados de Dios, á todos debéis honrar; y por ventura aquel que despreciais es el que Dios ha destinado para convertir todo un lugar; pues no le toca ménos á la Providencia, que haya Predicadores para este pueblo, que el que los haya para vos. Lo segundo, en la eleccion que haceis, atended á vuestro provecho espiritual, y á vuestra perfeccion solamente; quiero decir, no sigais á un Predicador, sino porque para vuestra salvacion es mas util; porque las cosas se deben querer por el fin á que se destinan, y la palabra de Dios no tiene mas fin

fin que vuestra santidad. Quando se ha de hacer eleccion de un Médico para la salud del cuerpo, no me pongo á averiguar si es Orador ó Filósofo, si sabe explicarse con elegancia, ó hacer que se vea en sus pensamientos lo brillante del ingenio y de la sutileza: lo que busco es, que tenga experiencia, que sea práctico en su arte, que conozca mi complexion, y sea á propósito para curarme. Si hallo un Ministro de la palabra divina que me aproveche, que haga impresion en mí, que tenga talento para mover mi corazon, y me lleve á Dios con mas fuerza y eficacia, ese me ha de gustar, ese es el que ha destinado Dios para darme á conocer su voluntad: éste es el Embaxador que envia para mí. Aunque le falten las demas prendas naturales, éste me mueve, éste me convierte, y eso basta. Oyéndole, oygo al mismo Dios, y mi dicha al oír á Dios en su Ministro consiste en adquirir las gracias mas poderosas del Cielo, y preservarme de aquella fatal dureza y reprobacion adonde lleva una resistencia porfiada á la palabra de Dios, como lo veremos en la tercera parte.

III. PARTE.

Hay algunas cosas que podemos usar con provecho; pero aunque se nos hicieran inútiles, no tuvieramos que temer, ni que rezelar. Pero hay otras, que luego que dexan de sernos provechosas, con una infeliz necesidad se nos convierten en nocivas. De esta calidad son los manjares y los remedios: si no me aprovechan los manjares, se me vuelven en ponzoña; y los remedios son causa de la muerte, por el mismo caso que no tienen virtud para curarme. Pues esto mismo, Christianos, sucede con la palabra de Dios: en el órden de la gracia es el principio de la vida; pero quando no da la vida, causa necesariamente la muerte. ¿No os espantais, dice San Bernardo, de que el Espíritu Santo nos la proponga en la Escritura, ya como manjar, ya como espada: *Non te movet, quod idem verbum Dei, & cibum dixerit, & gladium?* Es manjar para los que usan de ella con aprovechamiento; pero es una

á Faraon, y le has de declarar mi voluntad. Bien sé que no se ha de rendir á ella, pero yo endureceré su corazon al mismo tiempo: *Tu loqueris ad Pbaraonem omnia, quem mando tibi, & non audiet te, sed ego indurabo cor ejus.* Corresponde el efecto á la amenaza: habla el Santo Legislador, executa la comision que ha recibido; pero aña de el texto sagrado, qué siempre que hablaba de parte del Señor, el corazon de Faraon se endurecia: *Et induratum est cor Pbaraonis* (a). El Dios de Israel, decia Moysés, os manda que deis libertad á su Pueblo, y le saqueis de la esclavitud en que le habeis tenido tan injustamente por tanto tiempo. ¿Mas quién sois vos, responderia Faraon, y qué Dios es ese, de cuya autoridad os valeis? ¿Dónde están las pruebas y señales de vuestra embaxada? Tu serás muy luego testigo de ellas, replicaba el Enviado de Dios, y dando golpes con aquella vara misteriosa que tenia en sus manos, cubrió todo el Reyno de Egipto de tinieblas, y le llenó de las demas plagas que tan espantosamente nos pinta la Escritura. ¿No era cosa digna de admiracion, que á pesar de tantos prodigios se obstinase Faraon en su desobediencia? No, Christianos; no debe causarla, porque así vengaba Dios el ultrage que se hacia á su palabra; y tan desmedida resistencia como la de Faraon, no merecia castigo menos riguroso. Ah! Señor, no nos castigéis así: enviad sobre nosotros todos los demas castigos, antes que abandonarnos, dexándonos en obstinacion tan fatal. Llenadnos, como á Faraon, de adversidades, de desgracias, y humillaciones: por poca que sea nuestra Christiandad, nos sujetaremos á padecerlas sin repugnancia: pero libradnos, mi Dios, de esta dureza de corazon, que nos hiciera insensibles á todos los auxilios de vuestra gracia, y á todos los intereses de nuestra salvacion: *Aufer à nobis cor lapideum.* Pero mirad, oyentes míos, lo que sucede. En fuerza de resistir á Dios y á su palabra, se va haciendo insensiblemente este corazon de piedra. No me preguntéis, dice

San

(a) Exod. 7. v. 22. *Et duravit cor Pharaonis.*

San Bernardo, ¿qué corazon es este duro? El vuestro es, si no temeis: *Si non expavisti, tuum est.* Solo un corazon endurecido puede estar sin horror de sí mismo, porque no sienta ya: *Solum enim est cor durum, quod semetipsum non exhorruit, quia nec sentit.* Y así, aunque un Predicador intente ponerle miedo, alentarle, incitarle, nada le hace fuerza, ni promesas, ni amenazas, ni castigos, ni premios.

De ahí se sigue, que esta misma palabra que debía servir para justificar al pecador, sirve para condenarle: porque quanto mas precioso era el talento que habian puesto en sus manos, tanto es mayor su culpa en no haberse aprovechado de él: y quanto es mayor la eficacia que por sí misma tiene la palabra de Dios para moverle y convertirle, tanto mayor es la culpa de haber hecho inutil toda su eficacia. Por esta causa fulminaba el Hijo de Dios tan terribles anatemas contra los vecinos de Bethsaida y Corozain: y ciertamente, dice allí Origenes, era preciso que fuese tierra maldita, pues una semilla tan fecunda como la palabra de Dios, no habia podido producir frutos en ella. Por esta causa mandaba el mismo Salvador del mundo á sus Apóstoles, que se saliesen de las Ciudades y lugares donde no los oyesen, y que sacudiesen el polvo de su calzado, para dar á entender á aquellos infieles, que Dios los desechaba. Ultimamente, en este mismo sentido explica San Agustin aquel importante aviso que nos da Jesu-Christo en el Evangelio: *Esto consentiens adversario tuo citò dum es in via cum eo* (a). Andad siempre de acuerdo, y conformes con vuestro enemigo. Este enemigo, dice el Santo Doctor, es la palabra de Dios; la qual hacemos que se vuelva contra nosotros, si la resistimos. Se declara contra nuestros vicios, contra nuestras costumbres, y contra nuestras pasiones: *Adversarium tuum fecisti sermonem Dei.* Pero tratemos de hacer que esté á nuestro favor, segun le consejo del Hijo de Dios. Conformemos nuestras costum-

D 2

bres

(a) Matth. 5. v. 25.

bres con sus máximas; aprovechémonos de sus enseñanzas, oigamoslas, gustemos de ellas, y pongamoslas por obra: ¿Por qué? *Ne forte tradat te adversarius judici, & judex tradat te ministro* (a): Porque este formidable enemigo no os ponga en las manos de vuestro juez, y se levante contra vosotros para acusaros.

Sí, Christianos; esta palabra se levantará contra vosotros, os acusará, os condenará, y le pedirá justicia á Dios de los desprecios que la hubiereis hecho, y de lo que de ella hubiereis abusado; y Dios (que siempre ha sido fiel, y nunca ha faltado á su palabra) se la hará muy cumplida. Dos suertes de personas intervendrán en este juicio, y se pondrán de su parte; oyentes, y Predicadores. Los oyentes que la hubieren honrado, y conseguido la santidad por su medio. Los Predicadores que la hubieren anunciado, habiéndolos llenado Dios de su Espíritu para vosotros. Los primeros, significados en los Ninivitas, y en los Apóstoles los segundos. Porque no ignorais la prontitud con que obedecieron los Ninivitas á Jonás que los predicaba penitencia; y esto es lo que servirá para vuestra condenacion: *Viri Ninivite surgent in judicio cum generatione ista, & condemnabunt eam* (b). Tampoco ignorais que Jesu-Christo prometió á sus Apóstoles, y en ellos á todos los Ministros fieles de su palabra, darles asiento junto á su trono para juzgar todas las obras del mundo: *Sedebitis & vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel* (c).

Ay Señor! ¿Y he de servir yo para este triste ministerio? Despues de haber sido Predicador de este Christiano Auditorio, ¿he de ser su acusador, y su juez? ¿He de pronunciar la sentencia de condenacion contra los que quisiera salvar á costa de mi propia vida? Es verdad, Señor, que sería honra grande para mí tener lugar cerca de Vos en el tribunal de vuestra justicia: pero esta honra no la

(a) Matth. 7. v. 25. (b) Matth. 12. v. 41.
(c) Matth. 19. v. 28.

lograré sino á costa de tantas almas que os costaron vuestra sangre. Por ventura al condenarlas me condenará á mí mismo, pues tengo mayor obligacion que ellas á poner en execucion las verdades sagradas que las predico. Mejor me está recurrir desde ahora para ellas y para mí al tribunal de vuestra clemencia. Os suplicaré que derrameis sobre ellas y sobre mí la abundancia de vuestras bendiciones, para que por virtud de vuestra gracia, vuestra palabra nos sirva para conseguir la santidad y vida eterna, adonde nos conduzca, &c.

